

Mujeres y nueva ruralidad: un estudio de caso sobre la desfeminización de la agricultura

Rosa Elena Riaño Marín¹ y Nicola María Keilbach Baer²

Resumen. *En el contexto de la nueva ruralidad y la feminización de la agricultura, el objetivo del presente trabajo fue conocer y analizar cambios o continuidades de actividades productivas de mujeres rurales. A partir de un estudio etnográfico en una comunidad del estado de Veracruz, México, reconstruimos percepciones, experiencias y expectativas de mujeres y hombres. Mediante entrevistas focalizadas a 16 grupos domésticos, abiertas a 10 mujeres, 8 con informantes clave; métodos participativos y observación participante contribuimos con evidencia empírica a demostrar la existencia de una nueva ruralidad, y, concluimos que estamos frente a una ascendente exclusión de las mujeres rurales en actividades agrícolas. Su inserción en otras actividades productivas demuestra la capacidad de agencia de las nuevas actrices del campo mexicano.*

Palabras clave: *feminización de la agricultura, nueva ruralidad, mujeres rurales, modos de vida.*

Abstract. *In the context of the new rurality and the feminization of agriculture, the objective of this paper is to analyze changes and continuities in the*

¹ Centro de Enseñanza, Investigación y Extensión en Ganadería Tropical, UNAM, e-mail: riamar@unam.mx

² Centro de Estudios Rurales, El Colegio de Michoacán A.C., e-mail: nmk05@colmich.edu.mx.

productive activities of rural women. From an ethnographic point of view in a community of Veracruz, Mexico the perceptions, experiences and expectations of women and men are reconstructed. Through focus groups with 16 domestic units, openended interviews with 10 women, 8 key informants, participatory methods and participant observation, we contribute with empirical evidence to the existence of a new rurality. The paper demonstrates an upward exclusion of rural women in agricultural activities. How even their integration into other productive activities illustrates the agency of these new actresses of the Mexican countryside.

Key words: *new rurality, feminization of agriculture, rural women, rural livelihoods.*

Résumé. *Dans le contexte de la nouvelle ruralité et de la féminisation de l'agriculture, l'objectif de cet article est de connaître et d'analyser les changements ou continuités des activités productives des femmes dans le monde rural. À partir d'une étude ethnographique dans une communauté de l'État de Veracruz, Mexique, nous avons reconstruit les perceptions, les expériences et les attentes de femmes et d'hommes. À travers d'interviews centrées sur 16 groupes domestiques et réalisés auprès de 10 femmes et 8 informateurs clé, avec des méthodes participatives et d'observation participante, nous contribuons grâce à des évidences empiriques à la mise en évidence de l'existence d'une nouvelle ruralité. Nous concluons que nous sommes face à une exclusion croissante des femmes rurales des activités agricoles. Leur insertion dans d'autres activités productives démontre la capacité des nouvelles actrices du monde rural mexicain.*

Mots-clés: *Féminisation de l'agriculture, nouvelle ruralité, femmes rurales, modes de vie.*

INTRODUCCIÓN

Desde los años ochenta hemos sido testigos de transformaciones productivas, sociales, económicas y ambientales del mundo rural latinoamericano, consecuencia de la transición de un modelo de desarrollo dirigido por el Estado, hacia uno neoliberal subordinado a las dinámicas del mercado internacional. En este contexto, emergió la nueva ruralidad como una de las corrientes de pensamiento más importantes sobre el desarrollo rural (Giarracea, 2001; Arias, 2005; Kay, 2007; Grammont, 2009). Bajo esta perspectiva, los nuevos escenarios en el campo se caracterizan por una menor diferenciación entre lo rural y lo urbano en términos de productos y servicios, tanto en mercados laborales como en patrones residenciales, cambios en mercados de trabajo rurales marcados hacia un menor peso de las actividades agropecuarias, flexibilización laboral, y por ende, cambios en estrategias de ingreso de los grupos domésticos, con una acentuación de la pluriactividad como común denominador (Appendini y Verduzco, 2002). Las medidas políticas neoliberales tuvieron como consecuencia la reducción de la población mexicana en el agro, de 26% a 16% (Fox, 2005), a través de la serie de reformas implementadas por el gobierno de Carlos Salinas (1988-1994), que finalmente apuntaron hacia la exclusión de los campesinos del proyecto de desarrollo nacional (Rubio, 2006), su pauperización y expulsión masiva de las comunidades rurales, en gran medida hacia el mercado laboral de los Estados Unidos; ello ha conducido a profundos cambios demográficos en las comunidades rurales, así como en la composición de los grupos domésticos. Las transformaciones y los nuevos escenarios rurales han generado nuevos actores sociales (por ejemplo, los jóvenes neorurales), o bien, han permitido la visualización de otros ya existentes pero antes invisibilizados, como es el caso de los adultos mayores y las mujeres rurales.

Después de veinte años de aplicación de las políticas neoliberales al campo mexicano, las comunidades campesinas, y con ellas sus habitantes, han visto su entorno trastocado. La agricultura moderna, desplazando formas tradicionales de agricultura aunado al deterioro económico de

la agricultura campesina, obligó a hombres y mujeres rurales a afrontar condiciones cambiantes y demandantes. La contracción de la producción agropecuaria y los nuevos entornos de producción afectaron seriamente sus fuentes de ingresos, como lo certifica el acervo de trabajos publicados en torno a la crisis de la economía campesina en México de los últimos años (Banco mundial, 2006; De Janvry *et al.*, 1997; Driven, 1999). El proyecto neoliberal en su aspiración no contó con una política diferenciada hacia el sector rural, y evidentemente también careció de una perspectiva de género que rebasara la retórica del alivio a la pobreza. El impacto de las medidas económicas en la calidad de vida de las mujeres rurales fue sin duda negativo, y para contrarrestar este impacto el Estado trató de atender a las mujeres con programas asistencialistas como es el caso del programa Progresá, hoy Oportunidades (Vizcarra, 2002).

Por su lado, la perspectiva de la nueva ruralidad ha permitido construir nuevas miradas sobre la participación de las mujeres en el desarrollo, así como, ser testigos de transformaciones de sus relaciones e interacciones con los hombres del campo. Como lo señalan Farah y Pérez (2004), en el mundo rural de hoy la dimensión de género es importante y emerge como un eje de análisis para interpretar la nueva ruralidad.

Los nuevos entornos hicieron evidente el ya existente, pero ahora progresivo incremento de la participación de las mujeres en actividades productivas y comunitarias, fenómeno que la Organización Mundial para la Alimentación y la Agricultura (FAO) definió como *Feminización de la Agricultura*, sustentado en un análisis de tendencia de datos de 1950 a 1990 (FAO, 2002, citado en Katz, 2003; Anriquez, 2007).³ La visibilidad de

³ En las últimas décadas en México y otros países latinoamericanos la *feminización laboral* no es un fenómeno limitado a la agricultura y el medio rural, sino que forma parte de un proceso más amplio de feminización de diversos ámbitos de la vida social y económica; en este contexto, se habla de feminización de la pobreza, de la migración, de la enseñanza o del internet, por citar sólo algunos ejemplos.

las mujeres rurales ha permitido su fortalecimiento como sujetos sociales con agencia, *actrices sociales*, a las cuales se les reconocen las múltiples actividades que realizan en ámbitos económicos y sociales de sus comunidades, y por ende sus contribuciones al desarrollo. Sin embargo, la feminización no se dio como resultado de la libre elección de las mujeres rurales, sino fue la consecuencia del abandono y la marginalidad en los cuales el sector rural había caído en el marco del proyecto de desarrollo nacional bajo las políticas neoliberales (Rubio, 1997). Integrar el concepto de agencia demanda admitir la relación entre factores estructurales y las posibilidades disponibles de los actores inmersos, para entender su facultad de actuar en la especificidad de su contexto, en nuestro estudio de caso mujeres rurales de una comunidad en Veracruz, no como capacidad individual, sino como posibilidad compartida. Ello implica vincular la capacidad de acción a una concepción relacional de la realidad, siguiendo la propuesta de Giddens (1986), y no como una propiedad individual acumulada por un sujeto.

La literatura da cuenta de procesos de feminización de la agricultura mexicana en las últimas dos décadas (Marroni, 2000; Mummert, 2003), sin embargo, también hay que admitir que este proceso no es enteramente nuevo, sino que corresponde precisamente al hecho que “el trabajo de las mujeres en la agricultura se ha tornado más visible, en parte debido a que las investigaciones y una mejor recopilación de datos han logrado establecer de manera más fidedigna las actividades” (Lastarria-Cornhiel, 2008:5). Se tiende a anteponer que las mujeres, dependiendo desde luego de los sistemas productivos y la cultura en cada lugar, han tenido en el pasado una participación secundaria en la actividad agropecuaria al interior de sus grupos domésticos. El interés de las mujeres en el trabajo agrícola, en el qué, cómo y cuándo se siembra, se deriva de la importancia vital que la agricultura ha tenido en los sistemas de producción campesinos, toda vez que de ello dependía la sobrevivencia del grupo doméstico, por lo cual las mujeres difícilmente permanecían ajenas a la toma de decisiones y a la organi-

zación del trabajo agrícola. Para muchas de ellas su participación en labores agrícolas ha constituido espacios de socialización, de aprendizaje y aplicación de conocimientos y habilidades (particularmente en procesos de cosecha y postcosecha), que rebasan la interpretación de una participación sólo subordinada como mano de obra familiar y ocasional.

Coincidiendo con otros autores,⁴ partimos de que la nueva ruralidad es también resultado de las tensiones generadas por el nuevo régimen de acumulación capitalista en su intento de apropiación de los territorios y recursos de los países del sur, proceso que en el caso de México (y de otros países latinoamericanos) pasa por la exclusión de la producción campesina (Rubio, 2006). Sin embargo, esta exclusión y marginación de los procesos productivos no sólo afecta a los campesinos, sino también de manera directa a las mujeres rurales. Así, en este estudio queremos resaltar procesos que no dan cuenta de procesos que apuntan a la feminización de la agricultura, sino de lo contrario: de la exclusión de mujeres rurales en las actividades agrícolas, mismas en las que llegaron a tener una participación importante en el pasado. En la medida que damos testimonio de esta exclusión, visualizamos a la vez las transformaciones de su quehacer y su agencia para estructurar su vida en contextos cambiantes. En el marco teórico metodológico de la nueva ruralidad y la feminización de la agricultura, el objetivo de la presente investigación fue indagar transformaciones en actividades productivas generadoras de la integración de mujeres, así como cambios en un entorno rural, para lo cual realizamos un estudio con base en una metodología cualitativa. Iniciaremos con algunas reflexiones teóricas sobre la nueva ruralidad y

⁴ En particular nos referimos a la publicación *Nueva Ruralidad-enfoques y propuestas para América Latina*, publicada por el Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria, Cámara de Diputados (Ver referencia al final).

la feminización de la agricultura en México, para luego pasar a describir el estudio de caso.

LA NUEVA RURALIDAD: UN PARADIGMA EN CONSTRUCCIÓN

En la segunda mitad de los años ochenta e inicio de la década de los noventa se registró una relativa disminución en los estudios sociales rurales, producto de la pérdida de influencia de la hasta entonces importante corriente marxista en las ciencias sociales, en el contexto de la caída del comunismo de Europa del Este, así como del ascenso de gobiernos neoliberales. Éstos subordinaron el curso del desarrollo al crecimiento económico concebido como meta universal y apoyado en la liberalización de los mercados, sin proponer políticas de desarrollo rural diferenciadas (Kay, 2008; Driven, 1999). El impacto de esta política en el sector rural latinoamericano no se dejó esperar, y a partir de la segunda mitad de los noventa hemos sido testigos de un auge importante en los estudios rurales.

Las transformaciones que se dispararon a partir del proceso de globalización neoliberal llevaron a los sociólogos rurales a formular el concepto de una nueva ruralidad, cuyo uso se impuso hacia fines de los años noventa, sin que se pueda identificar un solo autor intelectual. Si bien, la nueva ruralidad presenta coincidencias con estudios rurales europeos, por ejemplo, con la perspectiva centrada en el actor (Long, 1996) y la defensa de la multifuncionalidad de la agricultura en Europa, introducida por diversas organizaciones multilaterales para legitimar los subsidios a la agricultura (Dufour *et al*, 2007), esta puede considerarse como un concepto y fenómeno específicamente latinoamericano.

Sin duda, algunos de los procesos sociales que se enfatizan desde la perspectiva de la nueva ruralidad ya se habían iniciado en décadas previas, lo cual a algunos autores los ha llevado a cuestionar lo “nue-

vo” de la ruralidad emergente (Gómez, 2001).⁵ No obstante, es evidente que en los estudios rurales de los años noventa se destaca el abandono de la visión dicotómica rural-urbana prevaleciente, en la medida que las comunidades rurales se siguieron urbanizando y las actividades económicas y los referentes culturales de sus habitantes se fueron diversificando. A la vez, ante las señales de la crisis ambiental global y el cuestionamiento de la sociedad a las consecuencias ambientales de las prácticas agrícolas modernas, la visión de progreso asociada con la dirección del desarrollo de “lo rural” a “lo urbano”, de lo atrasado a lo moderno, quedó rebasada.

Entre la amplia literatura sobre la nueva ruralidad se pueden cristalizar dos enfoques sociológicos fundamentales. En primer lugar, la aproximación analítica, en la cual domina el interés por visualizar y analizar las estrategias de los actores sociales ante las transformaciones de la globalización neoliberal; en ella, se enfatizan aspectos que en los análisis anteriores se subestimaron o ignoraron (Llambi y Pérez, 2007). El segundo enfoque, de carácter normativo, se propone repensar el desarrollo rural a partir de metas fundamentales como la reducción de los niveles de pobreza y del deterioro ambiental, así como una revalorización del territorio y del patrimonio cultural de las comunidades rurales (Kay, 2008; Ruiz y Delgado, 2008).

Desde la perspectiva analítica, la cual retomamos para esta investigación, de acuerdo con Arias (2002), uno de los principales logros de la nueva ruralidad fue el abandono de la perspectiva tradicionalmente

A partir de la crisis del neoliberalismo que se inició en 2003 y sus expresiones actuales como crisis financiera, alimentaria, económica y social, en el caso de México podemos hablar de una crisis de la nueva ruralidad, o bien, del inicio de una nueva etapa, marcada por la disminución drástica de remesas, reducción de los empleos no agrícolas, incremento en los precios de los alimentos y, creciente despojo de los productores de sus tierras, cuyas expresiones sociales y económicas aún están por analizarse.

centrada en las nociones del impacto y la subordinación del campo a la ciudad, para reconocer que las sociedades rurales “no sólo reciben o reaccionan a las dinámicas y factores externos, sino que siempre han sabido procesar, manejar, reaccionar, adaptar sus recursos y tradiciones a los impulsos, propuestas, actividades que llegan del mundo exterior” (Arias, 2002: 369), con lo que las sociedades analizadas han dado muestra de una no siempre anticipada *rusticidad*.⁶ En esta misma tónica, otra de las contribuciones más importantes es el cuestionamiento a la mirada, hasta entonces prevaleciente, según la cual las comunidades rurales operan al margen de la economía de mercado. La evidencia de estudios sobre nueva ruralidad mostraron que los campesinos participan de múltiples actividades (agrícolas y no agrícolas) como productores y jornaleros; por lo tanto, ellos están insertos en una serie de mercados y conservan importantes vínculos con áreas urbanas, no sólo en el ámbito económico, sino también de manera importante a través de su participación en los movimientos sociales, ambientalistas y globalicríticos. Como temas y aspectos más analizados en los estudios de nueva ruralidad se pueden mencionar: el incremento, y en parte incluso, la predominancia de actividades no agrícolas, la creciente interacción rural-urbana, el papel de la migración y las remesas, así como la flexibilización y feminización laboral (Kay, 2008).

El agotamiento de la vía campesina clásica y la exclusión del campesinado del proyecto de desarrollo nacional acentuó la pauperización de las comunidades, dando paso al incremento de la expulsión y al vaciamiento de hombres. Para afrontar las políticas neoliberales adversas, los campesinos y las campesinas desarrollaron y reactivaron estrategias para asegurar la sobrevivencia de sus grupos domésticos. Una de éstas se evidenció durante los años ochenta cuando el fenómeno migratorio

⁶ El término nueva rusticidad fue acuñado por Patricia Arias (1992), a partir de los estudios de la autora en una comunidad del estado de Guanajuato.

–nacional y transnacional– se acentuó, y, mayoritariamente hombres del campo salieron de sus comunidades guiados por la necesidad de obtener ingresos económicos. La migración masculina y la inseguridad de las remesas obligó a mujeres rurales a participar activamente en esferas productivas y comunitarias antes no consideradas por ellas. En escenarios rurales en transformación, las relaciones genéricas se vieron impactadas al interior de los grupos domésticos, así como en el tejido social de las comunidades, se reestructuraron relaciones inter e intra-genéricas abriendo la puerta a negociaciones y conciliaciones. Las nuevas responsabilidades de las mujeres rurales no se tradujeron automáticamente, ni necesariamente, en un mejor posicionamiento en sus hogares o comunidades, ni en la toma de decisiones, acceso a poder o mayor prestigio (Barrera y Oehmiche, 2000). La modificación de papeles de género y de atributos femeninos socialmente aceptados en el campo mexicano es aún un proceso en construcción.

ÁREA DE ESTUDIO Y RECOLECCIÓN DE DATOS

La localidad de Arroyo Frío del Municipio de Misantla en el estado de Veracruz se seleccionó como estudio de caso, dando continuación a un proyecto de investigación realizado en los años 1996-1999, el cual analizó las consecuencias de las políticas neoliberales en el campo mexicano a partir de distintos estudios de caso (Wiggins *et al.*, 1999). Entre sus resultados, en el caso de Arroyo Frío, se evidenciaba que las mujeres mayoritariamente dedicadas a labores domésticas, de manufactura y servicio, en el pasado habían participado en diversas actividades productivas agrícolas, lo cual proveía un contexto adecuado donde explorar la nueva ruralidad y la feminización de la agricultura.

La investigación referida facilitó el acercamiento a la comunidad y permitió acceso a personas involucradas en éste, realizando visitas domiciliarias para conocer su actual residencia y disposición. Como re-

sultado logramos interactuar con 16 grupos domésticos (36 integrantes, 14 hombres y 22 mujeres); adicionalmente entrevistamos 10 mujeres de forma individual. Entre las 32 participantes se encontraban 11 mujeres adultas mayores (en hogares en reemplazo y solteras), 15 mujeres adultas (en hogares en expansión y solteras) y 6 jóvenes (14 a 19 años); con ello, conocimos un abanico de experiencias intergeneracionales. Fueron también fuentes de información ocho informantes clave (cuatro hombres y cuatro mujeres) –el agente municipal, el comisariado ejidal, líderes de asociaciones gremiales, personal del Centro de Salud y de instituciones educativas; y vocales del Programa Oportunidades. Desde referentes cualitativos escuchamos a las y los participantes, valorizando la subjetividad y el significado de sus percepciones y experiencias.⁷

La recopilación de información se logró mediante entrevistas semi-estructuradas (individuales y grupales); técnicas participativas y observación participante. Las entrevistas semi-estructuradas nos permitieron conocer la composición de los grupos domésticos, escuchar percepciones de mujeres y hombres sobre cambios de su entorno, impacto en sus modos de vida, así como de sus actividades generadoras de ingresos económicos. Por su lado, la observación participante nos permitió acercarnos a las relaciones sociales en Arroyo Frío, así como compartir con los y las integrantes de los grupos domésticos en ambientes productivos y cotidianos, lo que facilitó indagar más a detalle sobre su cambiante entorno ambiental y sus actividades productivas.

Como técnica participativa inicial implementamos una dinámica donde se utilizó material fotográfico recopilado durante el proyecto referido anteriormente –mediante el agente municipal se realizó una invitación abierta a los pobladores. Al evento asistieron 55 personas

⁷ Fase de campo realizada de marzo a junio del 2007.

(26 hombres y 29 mujeres) entusiasmadas con la idea de recordar tiempos pasados (años 1996-1998), así como también jóvenes interesados por saber más sobre su comunidad. Esta técnica permitió, en primer término, compartir los objetivos y dinámica de la presente investigación; y en segundo, favoreció que los asistentes se expresaran sobre cambios en sus actividades generadoras de ingresos, así como de su entorno agro-ecológico. En fechas posteriores, con grupos de mujeres, implementamos técnicas participativas, las cuales facilitaron constatar y contrastar los escenarios en transformación de la población de Arroyo Frío, y en específico de las mujeres.

ARROYO FRÍO: UN ESPACIO RURAL EN TRANSFORMACIÓN

Arroyo Frío, ejido situado en las llanuras costeras del centro-norte de Veracruz, tradicionalmente basó su agricultura en el maíz, producto que exportó a los mercados regionales, además del café, chile, cacahuete, calabaza, ganado y diversos productos de recolección. En los años ochenta se impulsó la expansión de la ganadería bovina apoyada por los generosos créditos del Banco Mundial canalizados a través del Programa Integral para el Desarrollo Rural (Pider) y también en ocasiones, por contratos de aparcería.⁸ En esos años, varones de la comunidad participaron en actividades de capacitación en carpintería, lo cual propició que proliferaran micro-empresas familiares emergiendo como una fuente de ingresos, particularmente para las familias sin acceso a una parcela ejidal. Afrontando las limitaciones en el acceso a tierras de cultivo, los jóvenes, en los años ochenta, buscaron ingresos a través de la migración temporal; los varones

⁸ Sistema en el cual un productor entrega a manera de préstamo ganado bovino a otro productor quien posee tierra; las crías que nacen se reparten en partes iguales.

se desplazaron hacia la cercana construcción de la Planta Núcleo Eléctrica de Laguna Verde, y las mujeres al servicio doméstico en localidades urbanas cercanas.

La aplicación de las políticas neoliberales impactó definitivamente las actividades productivas del ejido. Incrementos en los precios de insumos, frente a la caída de los precios de mercado de productos como el maíz y café, llevaron al rápido abandono de estas actividades productivas. Las parcelas se convirtieron en potreros, toda vez que la ganadería rústica de doble propósito, al demandar un mínimo de insumos y de mano de obra, se ofrecía como la única actividad redituable (Keilbach, 2009).

En 1995 –cuando la crisis económica en México llevó a carteras vencidas en el campo, afectando a varios ejidatarios de Arroyo Frío que habían adquirido créditos para ganado–, varones primero, algunas mujeres y familias enteras después, migraron a Estados Unidos (de 1995 a 1998, 40 personas migraron a Chicago).⁹ Este nuevo y desde entonces continuo proceso migratorio internacional afectó tanto en las actividades económicas de la comunidad, ya que quedaron menos hombres para trabajar en el campo y la carpintería, como también en su tejido y dinámica social. Hoy en día el fenómeno migratorio continúa, principalmente por parte de varones, estimando que cada año migran de la localidad a Estados Unidos entre 4 a 6 habitantes, principalmente con destino a Chicago. Los habitantes de Arroyo Frío comparten la sensación que reflejan las cifras, su localidad está perdiendo habitantes, sobre todo a los más jóvenes. Este proceso no sólo impacta en lo demográfico sino que tiene saldos en la vida económica, social y cultural de la comunidad, a los que se hará referencia más adelante.

⁹ En el estado de Veracruz este tipo de migración es relativamente reciente ya que no se reconoce como un estado tradicionalmente expulsor de mano de obra a Estados Unidos.

A fines de los años noventa, las principales fuentes de ingreso en Arroyo Frío eran la ganadería bovina, la carpintería, la manufactura a domicilio –maquila de bordado de cinturones con pita–, las remesas y la siembra de maíz para autoconsumo (Wiggins *et al.*, 1999).

RECUERDOS DE UNA AGRICULTURA FEMINIZADA

En este escenario económico y social se fueron generando giros en las actividades productivas tradicionales de la comunidad, que a su vez transformaron no sólo el entorno agroecológico, sino también de manera definitiva, la vida de las mujeres. Siendo un ejido tradicionalmente dedicado a actividades agrícolas, en Arroyo Frío las mujeres hasta los años ochenta e inicio de los noventa participaban en labores del campo, especialmente en la cosecha de café, chile, calabaza, y maíz. En el caso del café, por ejemplo, trabajaban en la cosecha como mano de obra familiar en las fincas propias, o como jornaleras en otras fincas del ejido, pero también en las grandes fincas de los alrededores, pertenecientes a propietarios particulares. Sin pretender idealizar este trabajo, llaman la atención los referentes positivos con que las mujeres recuerdan esta actividad, la cual les permitía salir de su comunidad, generalmente en compañía de otras mujeres, y poner a prueba sus habilidades como pizcadoras para contar con un ingreso propio. Una parte del café recolectado en el ejido se procesaba de manera artesanal, involucrando a las mujeres también en el lavado y secado, tostado y molido del grano. Durante los años noventa, en el marco de la crisis en los precios internacionales y la reducción drástica de apoyos gubernamentales, el cultivo del grano se abandonó casi por completo en Arroyo Frío.

De la misma forma, la producción de chile, que durante los años sesenta y setenta fue una fuente importante de ingresos para el ejido y además involucraba una amplia participación de las mujeres desde hace una década, se ha abandonado por completo ante la falta de rentabilidad. En los años de bonanza algunas pocas mujeres llegaron a dirigir todo el

ciclo productivo, mientras muchas de ellas participaron sobre todo en la cosecha y postcosecha (desvenado y secado en hornos artesanales).

El cultivo de calabaza como parte de la milpa fue muy difundido, y en la extracción de la semilla participaban grupos de mujeres, logrando un modesto ingreso propio, el cual, sin duda, no constituía el único, y a veces ni siquiera el más importante estímulo para participar en los jornales.

Las mujeres mayores evocaron que aunque las jornadas de trabajo eran arduas y extensas disfrutaban las cosechas, muchas veces acompañadas por sus hijos. Principalmente a la hora del almuerzo, siempre compartido, podían platicar sobre sus familias, problemas, sucesos y cotidianidades de la comunidad.

Mire, a mí si me gustaba ir, a mí me gustaba. En el camino nos íbamos encontrando y allí nos íbamos platicando. Eso sí, cuando llegábamos al café no había más que trabajar. Bonito era en el lonche, abríamos lo que llevábamos y todas podíamos comer de lo de todas, y ahí si nos poníamos a platicar de lo que se ocurría (Petra, 70 años, Arroyo Frío, 2007).

Ya se mencionó que hasta el inicio de los años noventa el ejido exportaba volúmenes importantes de maíz a mercados regionales, generalmente en grano. Las mujeres participaban de manera esporádica, cuando *hacían falta brazos*, en prácticamente todo el ciclo productivo (siembra, cosecha y postcosecha), pero a diferencia del cultivo de café, el trabajo en la milpa les proporcionaba ante todo un punto de socialización con miembros de sus grupos domésticos. En este caso las mujeres compartieron una experiencia diferente, ya que por este trabajo no recibían un pago directo, pero la venta del maíz aportaba ingresos económicos para el bienestar de sus hogares, y aseguraba el abasto para autoconsumo durante gran parte del año, incluyendo a los animales de traspatio. Desgranar maíz para la venta también representó una fuente de ingreso, muchas veces pagada en especie, para mujeres de edad avanzada que ya no podían participar en las labores del campo.

Con la participación destacada de las mujeres en la producción de cerdos de traspatio esta actividad también llegó a ser muy importante en la comunidad. Particularmente para algunas mujeres jefas de hogar, la cría y engorda de cerdos representó un ingreso significativo. La necesidad de mejorar la higiene en la comunidad, y más recientemente las exigencias higiénicas que ha impuesto el Programa Oportunidades a la cría de traspatio, aunque también los crecientes costos de insumos (alimentos concentrados), así como cambios en el abasto y demandas regionales, en el marco de un mercado sumamente inseguro e inestable, han desincentivado en gran medida esta actividad. En el caso de la producción de carne y huevo de ave, la dinámica ha sido similar.

Finalmente, hay que destacar que la recolección de productos silvestres, –para autoconsumo o venta–, hortalizas, frutas, pimienta y –hasta los años sesenta– barbasco fueron actividades en las que destacó la participación y el conocimiento de las mujeres. Generalmente por las tardes, junto con personas allegadas (parientes o vecinas), solían compartir caminatas por el campo para dirigirse a los lugares de recolección, que hoy ante el avance de la frontera agrícola, han desaparecido por completo.

[...] pero fíjese que primero iba uno al monte y encontraba uno... que quelites, que tomatillo o zapotes y eso; ‘orita va uno al monte y no encuentra uno casi nada (Mercedes, 65 años, Arroyo Frío, 2007).

De lo descrito hasta aquí, se puede reconstruir cómo la paulatina ganaderización del ejido impactó de manera negativa en la dinámica social y patrones de socialización de las mujeres. La ganadería extensiva que hoy domina en las parcelas de la comunidad ha sido un dominio tradicional de los varones, aunque también aquí cabe señalar la intervención de las mujeres en la producción de quesos artesanales a partir de la leche recolectada, la cual llegó a ser significativa durante los años ochenta, en particular para un grupo de mujeres unidas en una cooperativa para tal propósito. Pero también esta dinámica productiva se ha transformado ante las presiones

del mercado, concretamente la colocación de leche “de caja” y subproductos industrializados baratos en todas las tiendas de la comunidad. En consecuencia, la gran mayoría de los productores de Arroyo Frío ha ido transformando su ganadería de doble propósito (leche y carne), característica de esta región del trópico veracruzano, en una ganadería de engorda, la cual requiere de mucho menos mano de obra y es menos riesgosa en términos económicos. Con ello, se ha perdido otro ámbito de participación, la elaboración de quesos para autoconsumo y venta, que para algunas mujeres durante varios años llegó a ser parte de su rutina de trabajo diario.

Aunque en muchos de los ejemplos de participación femenina mencionados se trata de trabajos temporales, no obstante, sus ingresos modestos para muchas mujeres significaron un aporte importante a la economía doméstica. Las transformaciones han sido paulatinas a lo largo de los últimos 20 años, pero en su conjunto representan una drástica reducción de la participación de las mujeres en actividades agropecuarias y de recolección.

También es importante mencionar que este proceso no ha afectado a todas las mujeres por igual, ya que existen una serie de matices en el conjunto de actividades de las mujeres, dadas por su situación familiar y económica y gustos personales, que determinan por un lado sus obligaciones domésticas, y por el otro, dan un margen para que las mujeres se decidan por otras actividades de acuerdo a su experiencia laboral, vocación y preferencia. A la vez, ha ocurrido en este lapso un cambio generacional, y la mayoría de las mujeres jóvenes ahora carecen del vínculo con las actividades agrícolas que caracterizaba a sus madres y abuelas.

LAS ACTIVIDADES DE LAS MUJERES EN LA ACTUALIDAD: COMERCIO Y SERVICIOS

Podemos resumir hasta aquí, retomando la mirada desde la nueva ruralidad, que Arroyo Frío es una comunidad rural con una gran diversidad

en las actividades económicas, las cuales además se han *desagrarizado* paulatinamente. Por otro lado, aquí no se puede observar que haya ocurrido una feminización de la agricultura, ya que en el proceso de sustitución de las actividades agrícolas por la ganadería bovina, las mujeres perdieron ámbitos de participación que durante muchas décadas tuvieron importancia central en sus vidas. Con excepción de algunas jóvenes de familias que migran temporalmente a la cercana ciudad de Martínez de la Torre, donde se emplean como jornaleras en las plantas de procesamiento de cítricos, no se han creado nuevas fuentes de empleo para mujeres en la agricultura de la región.

En el cambio generacional que acompañó este proceso, hoy se constata también que las mujeres jóvenes han logrado un mayor nivel educativo a través de la telesecundaria local, y el acceso a actividades remuneradas que consideran de mayor prestigio y mejor pagadas que las relacionadas con la agricultura. Sólo excepcionalmente salen a las parcelas, y coinciden en señalar que no disfrutaban la experiencia. Una de ellas lo manifestó así:

A mí a veces me llevan pero la verdad a mí no me gusta, me choca, se va uno a quemar. Yo prefiero ayudar en la casa, pero que de mí salga, la verdad, no. A veces si es época pues si voy, pero a veces para hallar cosas hay que caminar mucho bajo el sol (Patricia, 19 años, Arroyo Frío, 2007).

Aunque todas las mujeres adultas mayores producían animales de traspatio, actualmente pocas de ellas lo continúan haciendo por los factores mencionados anteriormente. Es importante resaltar que en este caso particular no sólo se trata de una simple sustitución de una actividad económica, por el contrario, como claramente lo señalan Mata *et al.* (2008), la práctica de la producción de traspatio es una estrategia del denominado desarrollo endógeno o desarrollo “desde abajo y desde adentro”, relacionado a alternativas de agricultura y desarrollo rural sustentable donde se percibe al traspatio –solar, huerta, jardín, área verde, o “alrededor de

la casa”– como una actividad esencial para los grupos domésticos rurales que implica trabajo colectivo, la cual reproduce y genera conocimientos para producción de alimentos sanos, propiciando la convivencia y recreación de familiares y vecinos. A pesar de ello, desde la perspectiva de las mujeres jóvenes actuales, la cría de animales no aporta un beneficio económico, ya que se requiere de inversión en instalaciones, alimento concentrado y dedicación, costos que no pueden competir con la carne de pollo barata¹⁰ que llega de ciudades cercanas.

En los últimos diez a quince años las mujeres han buscado incorporarse a nuevas actividades productivas, básicamente en el área de comercio y servicios, con éxito variable, como retrataremos a continuación.

Como en otras comunidades rurales en México, una actividad generadora de ingresos para las mujeres en Arroyo Frío son las tiendas de abarrotes instaladas en sus propios hogares. Wiggins *et al.* (1999) en su estudio sobre Arroyo Frío reportaron en 1997 una tienda Conasupo y tres tiendas de abarrotes; en el año 2007 nosotras registramos 8 tiendas particulares. Estas “tienditas” son micro-empresas familiares donde todos los adultos del grupo doméstico participan en la atención a compradores y frecuentemente los varones van a ciudades cercanas, solos o acompañados de la mujer, para surtir la tienda. Las mujeres encuentran esta actividad adecuada porque compaginan su papel reproductivo (responsabilidades y labores domésticas) con su papel productivo o generador de ingresos (Moser, 1989); además, coinciden en señalar que pueden utilizar productos de su tienda para el consumo en sus hogares. Una de ellas lo explicó así:

[...] Esto me sirve mucho, verá, si me hace falta algo para la casa o en lo que voy guisando lo tomo, ni la cuenta llevo bien (Martha, 32 años, Arroyo Frío, 2007).

¹⁰ El trabajo de campo para esta investigación se realizó en el año 2007, antes de que se elevaran drásticamente los precios de los alimentos en México. Es posible que en este nuevo escenario la ganadería de traspatio vuelva a tener cierto auge.

La venta de ropa (nueva o de segunda mano), utensilios de cocina y de artículos diversos por catálogo, para la mayoría de las mujeres que a ello se dedican, sólo aportan ingresos marginales y ocasionales. En cambio, una actividad que ha tenido éxito relativo en Arroyo Frío es la venta de antojitos (tacos, tamales o chiles rellenos), a la que regularmente se dedican al menos ocho mujeres distintas. Pero dado el reducido número de habitantes la demanda es relativamente baja y, en consecuencia, los ingresos también muy reducidos.

Arroyo Frío se ubica cerca de Vega de Alatorre, lugar ampliamente reconocido por el bordado de cinturones de cuero con pita, donde se promueve que los artesanos lleven a cabo el bordado en su casa, lo cual favorece la participación de mujeres en una forma de organización del trabajo característica de la región. Esta actividad tuvo auge en Arroyo Frío a mediados de los noventa, cuando muchas personas preferían bordar que ir al jornal en el campo porque lograban obtener mayores ingresos. En aquellos años era común encontrar mujeres, hombres y hasta niñas y niños bordando en los frentes o traspatios de sus casas, sin embargo llegó un momento en que a nivel regional la sobreoferta de estos cinturones redujo tanto la remuneración ofrecida a los bordadores, que la actividad dejó de ser atractiva. Una bordadora lo comentó así:

Antes muchos nos dedicábamos al cinturón, muchos de nosotros sabíamos bordar. Allí nos enseñábamos unos con otros. En todas las casas había por lo menos alguien que bordaba. Nomás terminado el desayuno veía a las mujeres bordando. Ahora la verdad ya no, no deja, sólo quedamos por ahí algunos.

Durante el auge del bordado, por día de trabajo (8 a 12 horas) las bordadoras ganaban hasta \$100.00, pero en la actualidad no llegan a los \$50.00, agravado por el hecho que el pago no se recibe en el momento de la entrega de los cinturones sino, en el mejor de los casos, una o dos semanas después.

Facilitado por sus habilidades en el bordado de cinturones, a varias mujeres se les ofreció participar en talleres de costura y bordado con la intención de que tuvieran una fuente de ingreso adicional. Sin embargo, después de cierto entusiasmo inicial, las mujeres identificaron que no pueden competir con los mercados de ropa barata y de segunda mano. Así, estas actividades artesanales se conciben más como una forma de entretenimiento, no como generadoras de ingresos significativos. Generalmente bordan manteles, cojines o servilletas para ofrecerlos como regalos a familiares o amigos, y, muy rara vez, para vender en la localidad o en ciudades cercanas. Aunque algunas de ellas son bordadoras muy rápidas sienten que el pago que obtienen cuando ocasionalmente venden alguna pieza no reditúa el tiempo invertido. No obstante, como actividad recreativa, permite a las mujeres visitarse e intercambiar hilos o figuras o bien enseñarse puntadas, y, frecuentemente se reúnen simplemente para bordar y charlar.

Cabe mencionar aquí que aunque la carpintería es una actividad económica de gran importancia en la comunidad, inicialmente sólo fue significativa para las unidades domésticas sin ingresos provenientes de la agricultura. Pero hacia fines de la década de los años noventa, en el marco de la fuerte crisis en los precios de los productos agrícolas, incluso los hogares con acceso a tierras de cultivo decidieron integrarse a las labores de ésta con el fin de lograr complementar sus ingresos (Keilbach, 2004). Sin embargo, en los 12 talleres registrados en el año 2007 no se pudo identificar participación significativa de mujeres, sólo en contadas ocasiones se puede observar que alguna joven ayuda, por ratos, en el lijado de los muebles.

Una opción importante para insertarse en mercados laborales para las mujeres jóvenes de familias sin acceso a tierra (avecindados) y por ende de menores recursos, ha sido, desde los años ochenta, la migración temporal a sitios cercanos como Misantla, Jalapa o Veracruz para trabajar como dependientas o en el servicio doméstico. Esta salida, apoyada en las redes familiares y comunitarias, generalmente es aprobada por

los padres o el esposo, al reconocer que en Arroyo Frío no existen para ellas suficientes opciones de trabajo remunerado. Si bien, esta migración continua siendo una opción importante, generalmente sólo lo es para mujeres jóvenes y solteras. Las mujeres casadas o jefas de hogar migran a las ciudades sólo en casos de extrema necesidad, considerando los inconvenientes derivados de tener que abandonar a sus hogares e hijos. La migración femenina a Estados Unidos es un fenómeno menos frecuente; debido a la dificultad de cruzar la frontera o la imposibilidad de regresar regularmente a visitar a sus familiares, por lo que en caso de contar con las redes sociales necesarias, las mujeres prefieren desplazarse dentro del país para insertarse en mercados laborales como la maquila o fábricas de ensamblaje, siendo sus principales destinos Puebla, Tijuana y Culiacán.

Dos actividades emergieron en la última década como fuentes de recursos económicos para las mujeres: las remesas y los pagos del Programa Oportunidades. Ambas, directa o indirectamente, han transformado el escenario para las mujeres. En un primer momento, las remesas fueron indispensables para atender las carteras vencidas de la ganadería; posteriormente, en la medida de lo posible, se fueron invirtiendo en el mejoramiento de viviendas, compra de parcelas y ganado, vehículos de transporte y maquinaria para la carpintería. Esta inversión productiva es lo que los lugareños consideran como “hacer algo” con el dinero recibido. Sin embargo, poco a poco y en la medida en que la crisis económica y de la agricultura de México se ha ido profundizando, también en Arroyo Frío las remesas se comenzaron a usar para solventar el consumo doméstico. En la actualidad, aproximadamente 50% de los hogares de la comunidad reciben remesas, sin embargo los montos, la periodicidad de la recepción y las indicaciones sobre su destino son muy variables. El efecto de las remesas en la vida de las mujeres varía, desde luego, dependiendo del ciclo doméstico. En el mejor de los casos, cuando la familia cuenta con ciertos recursos (solar, tierra, animales), el dinero recibido permite a las mujeres desarrollar iniciativas propias en su uso e inversión. En muchos otros casos, se vuelven receptoras pasi-

vas, que sólo tratan de administrar el poco dinero recibido para atender las necesidades inmediatas de sus hogares.

Por otro lado, de acuerdo al padrón actual (2010) de Oportunidades, 67 mujeres son receptoras del Programa (6 menos que en el año 2007), y la gran mayoría recibe el apoyo por concepto de *alimentación, vivir mejor y energético* (\$ 640.00 bimestrales en total), 34 mujeres además reciben montos variables para la educación de los hijos, que van de \$ 300 a casi \$ 4,800 pesos; con ello, un poco más de la mitad de las mujeres entre 18 y 60 años de edad participan en el Programa. Aunque no fue el objetivo de este estudio profundizar sobre éste, si es pertinente hacer algunas observaciones. Los pobladores lo consideran como una iniciativa que ha impactado sus modos de vida y modificado su acceso a la salud, pero no necesariamente ha incidido en la motivación de los padres para que sus hijos e hijas continúen estudiando. Así, aunque un objetivo esencial de Oportunidades es la permanencia escolar de los hijos de las madres beneficiadas, la mayoría de las familias de Arroyo Frío siempre consideraron la necesidad de contar con una educación básica y media superior como algo incuestionable, postura facilitada por la posibilidad de contar con una escuela primaria y una telesecundaria desde hace 50 y 25 años, respectivamente. Una joven madre comentó:

Aquí sino recibiéramos Oportunidades de todas formas los niños irían a la escuela... y las niñas también. Nosotras ya fuimos a esas escuelas.

El resultado más contundente del Programa Oportunidades ha sido la reducción de los cifras de pobreza extrema en las estadísticas oficiales de México; para las mujeres de Arroyo Frío ha significado mayor dedicación a actividades de salud y alimentación, tanto a nivel personal como comunitario. La incidencia del Programa, a mediano y largo plazo, en la vida, agencia, educación y la calidad de vida de las mujeres, aún está por analizarse.

CONCLUSIONES

En Arroyo Frío las actividades agrícolas proporcionaban a las mujeres un ingreso, movilidad, autonomía y puntos de encuentro, pero en el presente han visto limitadas sus oportunidades de ejercer estas capacidades como consecuencia de los giros productivos y transformaciones agroecológicas; por otro lado, en el marco de esta nueva ruralidad que caracteriza a su entorno, las mujeres han demostrado capacidad de agencia al buscar nuevas actividades y oportunidades, aunque en términos económicos sus esfuerzos no se han traducido en ingresos económicos estables para ellas ni los integrantes de sus grupos domésticos. Nussbaum (1995) argumenta que los seres humanos requieren cubrir ciertas capacidades para lograr su integración y desarrollo en las sociedades, discute que hombres y mujeres debiéramos compartir los mismos derechos, el "hacer-ser", los cuales moldean la existencia, mencionando entre dichos derechos: la movilidad, la capacidad a disfrutar y a conocer, así como la relación con otros individuos. Actualmente, actividades productivas como la administración de tiendas de abarrotes, venta de antojitos o ropa y la migración temporal proporcionan a las mujeres puntos de socialización o espacios de desplazamiento que demuestran la actitud de las nuevas actrices sociales de identificar oportunidades, adaptarse y elegir nuevas formas para tratar de cubrir sus necesidades, y de alguna forma, desarrollar sus capacidades.

Este artículo inicia argumentando sobre la nueva ruralidad y cómo los escenarios se gestan en forma diferenciada y dependen, por mucho, de situaciones específicas según contextos locales productivos, las costumbres locales, así como de los grupos sociales inmersos. Arroyo Frío ilustra un escenario rural donde existen transformaciones y se revelan diversas actividades no-agrícolas que representan ingresos para los grupos domésticos, y en específico para las mujeres. Como lo señala Grammont (2009) en la nueva ruralidad se constata la importancia de los trabajos no agrícolas, considerándose como estrategias de sobrevivencia y

como respuesta a la crisis de la economía campesina, deben verse como una nueva forma de integración a la economía de mercado. A la vez, si aceptamos la perspectiva de la nueva ruralidad, el estudio demuestra que no necesariamente tiene que haber un paralelo en la feminización de la agricultura como un escenario generalizable. Por el contrario, se debe cuestionar el impacto de las transformaciones sobre los modos de vida y para este estudio de caso, la participación de las mujeres en actividades productivas agrícolas y su decisión por ejercer su agencia como actrices del campo buscando múltiples actividades y nuevas estrategias de sobrevivencia. La nueva ruralidad, sus escenarios cambiantes, y su especificidad por contexto invitan a la generación de más investigaciones que den cuenta diferenciada de las modalidades de feminización, o bien, como en nuestro caso, de la expulsión de las mujeres rurales de la agricultura.

La feminización de la agricultura es un concepto que ha sido aceptado en el ámbito del desarrollo, sin embargo en el marco de la nueva ruralidad los hallazgos aquí obtenidos despliegan un panorama diferente para la discusión. En México hemos sido testigos de un proceso consistente y continuo del crecimiento de la población económicamente activa femenina, sin embargo, si consultamos las estadísticas oficiales (Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, ENOE, del INEGI) de las áreas rurales, el porcentaje de mujeres empleadas en la agricultura, respecto al total de personas ocupadas en ésta, no ha variado significativamente, mientras que la participación de las mujeres en actividades de comercio y servicio registra un incremento claro. Sin embargo, la encuesta mencionada no permiten un análisis fino de lo que ocurre con el empleo de las mujeres rurales, adicionalmente, cambios en la metodología empleada por el INEGI dificultan la comparación con datos de los años ochenta y noventa del siglo pasado. Sin embargo, la pérdida de más de 1.5 millones de empleos que registra la ENOE en el sector primario durante los últimos 10 años definitivamente también tuvo un impacto directo en la vida y las actividades de muchas mujeres rurales de México.

Al explorar en Arroyo Frío, mediante la perspectiva de género, relaciones e interrelaciones entre mujeres y hombres, resaltó que las mujeres no participan, o bien lo hacen muy marginalmente, en las dos actividades que representan las fuentes de ingreso y empleo más importantes de la comunidad: la ganadería bovina y la carpintería. Ello necesariamente impacta negativamente en la condición, posición y reconocimiento social de las mujeres, ya que en los hogares y la comunidad su relación con los hombres se ve erosionada al no ser incluidas en espacios de toma de decisión con respecto a esas actividades productivas. Un punto crítico en la percepción de la comunidad con respecto a las mujeres es su pérdida de actividad relacionada a la agricultura: “campesinas” y recolectoras, actividades que fueron altamente valorizadas por los pobladores.

Por último, la capacidad de agencia mostrada por las mujeres habla de su capacidad de visualizar y potencializar formas alternativas de actividades productivas, aun en su reducido abanico de oportunidades, existentes dentro de un escenario rural impactado por factores estructurales coyunturales. La evidencia muestra que las mujeres rurales participan en múltiples actividades no agrícolas; difundir sus aportes permitirá responder a los enormes, pero no insalvables, retos en materia de programas de apoyo, adiestramiento, asistencia técnica y tecnologías. La aproximación analítica de la nueva ruralidad permite visualizar y analizar las estrategias de los actores sociales y actrices del campo ante las transformaciones de la globalización neoliberal, enfatizando aspectos que aproximaciones anteriores subestimaron o ignoraron.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, R., 2008, "Enfoque de la Nueva Ruralidad como Eje de las Políticas Públicas. ¿Qué podemos esperar?", en *Revista Electrónica Zacatecana sobre Población y Sociedad*, año 8/tercera era/32.
- Anriquez, G., 2007, *Long-Term Rural Demographic Trends*, ESA Working Paper, núm. 07-19, FAO, Roma.
- Arias, P., 2005, "La vida rural mexicana en vilo. Del desarrollo al subsidio", en *L'Ordinaire latino-américain* 200-201: 91-98.
- _____, 2002, "Hacia el espacio rural-urbano: una revisión de la relación entre lo rural y lo urbano en la antropología mexicana", en *Estudios Demográficos y Urbanos* 17(2): 363-380.
- _____, 1992, *Nueva rusticidad mexicana*, Dirección General de Publicaciones del CNCA, México.
- Appendini, K. y G. Verduzco, 2002, "La transformación de la ruralidad mexicana: modos de vida y respuestas locales y regionales", en *Estudios Sociológicos* 59: 469-474.
- Banco Mundial, 2006, *La competitividad de México: Alcanzando su potencial*, vol. 2, Informe Núm. 35388MP.
- Barrera, B. y B. Oehmichen, 2000, *Migración y relaciones de género en México*, GIMTRAP, México.
- CEDRSSA (Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria), 2006, *Nueva Ruralidad. Enfoques y propuestas para América Latina*, Cámara de Diputados, México.
- De Janvry, A. et al., 1997, *Agricultural and Rural Development Policy in Latin America: New Challenges*, FAO, Agricultural policy and economic development series, FAO, Roma.
- Driven, M., 1999, "El papel de los agentes en las políticas agrícolas: Intenciones y realidad", en *Revista CEPAL* 68: 172-186.
- Dufour, A. et al., 2007, "Multifunctionality in Agriculture and its Agents: Regional Comparisons", en *Sociologia Ruralis* 47: 316-342.

- Farah, Q. y C. Pérez, 2004, *Mujeres Rurales y Nueva Ruralidad en Colombia*, Cuadernos de Desarrollo Rural/Segundo semestre, Pontificia Universidad Javeriana Bogotá, 051, Colombia.
- Fox, J., 2005, Repensar lo rural ante la globalización: la sociedad civil migrante, Ponencia V Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales, Oaxaca, México.
- Giarracca, N., 2001, *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/rural/prologo.pdf>, consultado en 01/06/2008.
- Giddens, A., 1995, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Gómez, S., 2001, "¿Nueva Ruralidad? Un aporte al debate", en *Estudios Sociedade e Agricultura* 17: 5-32.
- Grammont, H., 2009, La Nueva Ruralidad en América Latina, Ponencia Seminario Nueva Ruralidad, Asociación Mexicana de Estudios Rurales, D.F., México.
- IICA (Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura), 2000, "Nueva ruralidad. El Desarrollo Rural Sostenible en el Marco de una Nueva Lectura de la Ruralidad", en Serie: Documentos Conceptuales, CIDER, Panamá, en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/rjave/paneles/urra.pdf>, consultado el 10/03/2001.
- Kay, C., 2008, "Reflections on Latin American Rural Studies in the Neoliberal Globalization Period: A New Rurality?", en *Development and Change* 39(6): 915-943.
- _____, "Algunas reflexiones sobre los estudios rurales en América Latina", en *Iconos revista de Ciencias Sociales* 29: 31-50.
- Katz, E., 2003, "The changing role of women in the rural economies of Latin America", en FAO (ed.), *Curemis II (Current and Emerging Issues for Economic Analysis and Policy Research)*, Roma, Italia.
- Keilbach, N., 2009, "Paisajes rurales y racionalidad campesina. Cambios en el uso del suelo en dos comunidades rurales de Misantla,

- Veracruz (1900-2000)", en Tejera, B., L. Paré y D. Ayala (coords.) *Caminos por andar en la gestión sustentable de los recursos naturales*, Cámara de Diputados, AMER, México.
- _____, 2004, *Comunidades rurales de México en el marco de la Globalización*, tesis de doctorado, Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia, UNAM.
- Lastarria-Cornhiel, S., 2008, *Feminización de la agricultura en América Latina y África. Tendencias y fuerzas impulsoras*, RIMISP-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural, Santiago de Chile.
- Llambi, L. y E. Pérez, 2007, "Nuevas ruralidades y viejos campesinos. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana", en *Cuadernos de Desarrollo Rural* 4 (59): 37-61.
- Long, N., 1992, "From paradigm lost to paradigm regained? The case for an actor-oriented sociology of development", en Long, N. y A. Long (eds.), *Battlefields of knowledge. The interlocking of theory and practice in social research and development*, Routledge, Londres.
- Marroni, M., 2000, *Las Campesinas y el trabajo rural en México de fin de siglo*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Mata, G., M. López y S. González, 2008, "El traspasio en el desarrollo rural sustentable", *Memoria Foro de Desarrollo Rural*, Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia, UNAM, D.F., México.
- Moser, C., 1989, "Gender planning in the Third World: meeting practical and strategic needs", en *World Development* 17(11): 83-121.
- Mummert, G., 2003, "Del metate al despate: trabajo asalariado y re-negociación de espacios y relaciones de género", en Vaughan, M. y H. Salamini (eds.), *Mujeres del campo Mexicano*, El Colegio de Michoacán/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Nussbaum, M., 1995, "Human Capabilities, Female Human Beings", en Nussbaum, M. y J. Glover (eds.), *Women, culture and development*, Oxford University Press, Oxford.

- Rubio, B., 2006, "Exclusión rural y resistencia social en América Latina", en *ALASRU-Análisis Latinoamericano del medio rural* 4: 1-14.
- _____, 1997, "La crisis agrícola en los noventa y la feminización rural en México", en Alberti, P. y E. Zapata (eds.), *Desarrollo Rural y Género. Estrategias de sobrevivencia de las mujeres campesinas e indígenas ante la crisis económica*, Colegio de Postgraduados, México.
- Ruiz N. y J. Delgado, 2008, "Territorio y Nuevas Ruralidades: Un recorrido teórico sobre las transformaciones de la relación campo-ciudad", en *Eure* 34(102): 77-95.
- Vizcarra, B., 2002, "Social Welfare in the 1990s in Mexico: The Case of 'Marginal' Families in the Mazahua Region", en *Anthropologica* XLIV: 209-221.
- Wiggins, S. et al., 1999, *Changing livelihoods in rural Mexico*, Department for International Development, Research Report DFID-ESCOR R6528.